

## Prólogo epistemológico-teórico

---

*Domingo Boari*

El presente prólogo puede ser de gran interés para muchos y prescindible para otros tantos, ya que trata de cuestiones un poco más abstractas que las que se abordan en el conjunto de este libro. Anticipo una breve síntesis a los fines de que el lector cuente con elementos para juzgar si emprende su lectura, si la posterga para después de haber leído algunos capítulos o si prescinde de ella definitivamente.

En la primera parte explicito mi postura epistemológica –pasada y actual–, ubicando la búsqueda de significados en el centro de mi interés como psicoanalista. En la segunda, ese interés me lleva a intervenir en un debate de cierta actualidad sobre el papel de lo pulsional y lo vincular en la trama de las vicisitudes vitales. Y por último, adelanto lo que podría ser una conclusión personal acerca de los diferentes beneficios que pueden esperarse del psicoanálisis multifamiliar y del psicoanálisis individual.

Los trabajos de este breve libro se inscriben en una epistemología que, debido al particular contenido de los textos no es necesario poner en discusión aquí y ahora.<sup>2</sup> Pero me

---

<sup>2</sup> Utilizo el término epistemología con el sentido amplio que le otorgan los europeos, quienes, según explica Klimovsky (1994, pág. 27), lo hacen equivalente a “gnoseología” o “teorías del conocimiento”.

veo entonces en la necesidad de una aclaración, entre otras cosas, porque a quienes me conocen por haber compartido algún trayecto de mi camino psicoanalítico podría llamarles la atención el enfoque vincular o intersubjetivo que caracteriza estos trabajos, y podrían creer que he dejado de lado un modo de pensar que era muy explícito en presentaciones y trabajos míos anteriores.

Desde que comencé a formarme y a ejercer mi tarea profesional hasta enero de 2003, es decir, a lo largo de unos 25 años, estudié, aprendí, enseñé, investigué y escribí en el contexto de una escuela psicoanalítica cuya nítida epistemología –auténticamente monista, coherente y sólida– sostiene que *lo psíquico y lo somático no son sino dos caras de una misma moneda* (Chiozza, 2008, *passim*).

De acuerdo con ello, he pensado y sigo pensando que, como afirma Freud (1916-17, pág. 54) con admirable lucidez, *psíquico es lo que posee sentido, significado; es lo que tiene un propósito o una tendencia*; de modo que inevitablemente lo psíquico no puede estar aislado: para que algo sea psíquico debe estar incluido en una serie que, cuando cuenta con los eslabones necesarios, permite que se comprenda su continuidad de sentido, es decir, su significación.

Sobre esta base, *la tarea esencial del psicoanálisis es buscar significados inconscientes, ocultos, latentes*, sea cual fuere la forma a través de la cual los signos esconden su sentido. He pensado y sigo pensando, entonces, que las enfermedades orgánicas conllevan, encerradas en las transformaciones mismas de la materia, significados inconscientes que se insertan plenos de sentido en las crisis vitales del hombre que padece.

Investigar en las enfermedades somáticas con esta perspectiva es una tarea gigantesca, requiere el trabajo conjunto

de muchas personas y, dada la resistencia que es necesario vencer para progresar, quizás lleve a tomar posiciones tajantes, intransigentes. Puede disculparse que se adopten estas posiciones si se estima que son el producto de la pasión por defender ideas realmente valiosas difíciles de aprehender y aceptar, y resistidas aun por uno mismo. En ese *contexto de descubrimiento*, son comprensibles el entusiasmo y el orgullo de sentirse parte de un ariete que pugna por penetrar un paso más en el oscuro mundo de lo desconocido.

Pero, por un lado, el mundo de lo desconocido es inconmensurable y, por otro, no hay una sola manera de hacer las cosas bien.

Cuando hace unos años tuve ocasión de conocer las ideas sobre las *interdependencias recíprocas*, de impregnarme, diría que muy rápidamente, de ellas y de utilizarlas en la práctica psicoanalítica, nada de lo que había aprendido con anterioridad era para mí discordante. Por el contrario, la observación de las interdependencias se me presentó como un nuevo campo donde buscar significados y asumir la tarea de hacer explícito lo latente sobre la base de *la misma epistemología monista que había utilizado siempre*. En otras palabras, el campo o los fenómenos a observar fueron nuevos; el enfoque, el mismo.

Cabe otra vez preguntarse: ¿qué es lo psíquico?, ya que ese es el campo específico de nuestro trabajo. Cuando trabajé lo más a fondo que me fue posible esta pregunta (aunque esos escritos todavía están inéditos) se me hizo evidente que *lo psíquico no es algo que es, en todo caso lo psíquico significa, y en tanto significa, siempre remite a otra cosa. Lo psíquico no es, lo psíquico está siendo*.

Resulta entonces de especial interés “ver” los significados en vivo, operando frente a nuestra mirada, en cualquier por-

ción del arco de interrelaciones humanas. Cuando las interdependencias se rigidizan, cuando se generan vínculos difícilmente modificables, diríamos que “se ve” en vivo cómo los significados se coagulan, se hacen carne, se estancan, en cierto modo se *materializan*. Y cuanto mayor sea el tiempo de rigidez, más literal es la materialización.

Desde esta perspectiva, no debería haber diferencia sustancial, de fondo, entre los llamados *pulsionalistas* –que se ocupan fundamentalmente de las pulsiones innatas, de las tendencias “inscriptas”, por así decir, en los genes– y los *intersubjetivistas* –que ponen la mirada en el vínculo actual de las subjetividades y las tramas que así se generan–.

Recordemos que cuando Freud calificaba a las pulsiones como estímulos internos de los que no se puede huir, para contraponerlas a los estímulos externos, remataba su especulación con esta idea brillante:

“Desde luego, nada impide esta conjetura: las pulsiones mismas, al menos en parte, son decantaciones de la acción de estímulos exteriores que en el curso de la filogénesis influyeron sobre la sustancia viva, modificándola” (Freud, 1915c, pág. 116).

Hacer consciente esta continuidad –“ontológica” diríamos– entre las interdependencias y las tendencias heredadas genéticamente, hasta llegar incluso a las pulsiones mismas, conlleva una consecuencia observable en la clínica. Las interdependencias interpersonales, siendo más nuevas, son naturalmente más modificables (aunque, sin duda, se ven vínculos patológicos imposibles de desacoplar).

De la experiencia que vengo realizando me queda la siguiente impresión: los tratamientos vinculares, en muchísimos casos, son imprescindibles, tienen un efecto relativamente in-

mediato y traen consigo una mejora notable en la calidad de vida; pero requieren que, para consolidar los cambios, estabilizarlos y hacerlos permanentes, el paciente continúe el trabajo hacia adentro, hacia su carácter, hacia su constitución misma. Y este trabajo puede ser hecho en terapias, grupales o individuales, en autoanálisis, y también –y tal vez sobre todo– en el privilegiado ámbito del análisis personal de alta frecuencia.